

## CREACIÓN

## El pájaro nocturno

Uando Ieltxu despertó en la habitación del hotel, los espectros que ocupaban su sueño se desvanecieron con él. Había dormido profundamente y, sin embargo, se sentía cansado y con los brazos pesados, como si hubiera pasado la noche cargando y descargando. Ya estaba acostumbrado. Al principio no recordaba casi nada, pero poco a poco se le iban definiendo las imágenes oníricas para terminar resultando tan nítidas como recién vividas.

La plaza de San Martín, iluminada por unas pocas farolas de luz amarillenta que pugnan por asomar sus haces entre la neblina, presenta a estas horas de la madrugada un aspecto fantasmal. La figura difusa de un hombre abrigado que se aleja parece enmarcada en el portalón gótico del fondo. En un instante desaparece en dirección a la Rúa. Del otro extremo de la plaza, la escalinata de la iglesia mayor de San Pedro asciende dubitativa, con pronunciada rampa, hacia la puerta principal de la parroquia, apenas adivinada en lo alto del encespado risco, ocupada en esta deshora por los espíritus de la noche, donde destaca Sugahar, la culebra macho que, enroscada en la fusta de la columna, domina sobre los animales y monstruos que habitan en los capiteles del claustro. A la derecha de nuestro observador, el muro lateral del palacio románico de los duques de Granada de Ega oculta la visión, desde este lado, del capitel en el que se desarrolla la incansable lucha entre Roldán y Ferragut. Ni siquiera ahora, cuando ningún humano los ve, dejan a un lado su enemistad e insisten en la eviterna pelea.

Frente al lateral del palacio, a la izquierda del retablo nocturno y solitario, algunas casas de ladrillo, construidas en el siglo XVII y poco reparadas después, completan la visión de Ieltxu, el extraño pájaro noctámbulo, encarado en las ramas del fresno de la esquina de la plaza. El incesante chorro de la fuente de las Monas rompe el profundo silencio y se convierte en acompañante de Ieltxu que, de vez en cuando, echa fuego por el pico, no se sabe bien si por entrar en calor, por demostrar su poder a los otros genios o porque es su costumbre ancestral.

Algunas noches visita en Bizkaia a sus parientes los ireltxus, pequeños genios en forma de cerdos, sólo por verlos actuar, de lejos, persiguiendo viajeros atrevidos por montes, bosques y barrancas para dejarlos rendidos en el punto donde comenzara la persecución. "Una travesura", piensa mientras se aleja. Entonces remonta hacia el norte y recorre la costa hasta Donostia donde suele pararse a admirar La Concha adornada por la Luna. Sigue por Bera -en la biblioteca de Itzea casi siempre hay una luz encendida donde lee o escribe algún Baroja- y baja a beber de las aguas del Bidasoa; visita a Ilumber, la divinidad pirenaica y, en las noches de akelarre, se entretiene en

las cuevas de Zugarramurdi para participar de la orgía. En ocasiones llega hasta la selva del Irati, continua hacia Otsagi y, desde la ermita de la virgen de Muskilda, divisa el paisaje de tejados a cuatro aguas que tanto le complace. Cuando se acercó a Obaba la última vez sintió miedo al ver cómo trataban a los animales. El jabalí blanco había sido recibido a tiros; al pájaro de colores vivos, cuando se posó en el campanario, lo mataron tres hombres del pueblo con sus escopetas de pistón; y luego está lo de los lagartos, pero esa ya es otra cuestión que no conviene relatar ahora.

El hogar más íntimo de Ieltxu lo forman, sin embargo, las sierras de Aralar y Urbasa desde donde baja a Lizarra, al final de casi todas las noches, para posarse en el mismo árbol y admirar su rincón preferido: la plaza de San Martín. Con la aurora, desaparece misteriosamente hasta la madrugada siguiente.

Al salir del hotel Zurbano, las calles de Madrid son ya -aún- un amasijo de coches, una muchedumbre de átomos indiferentes, una reyerta de bocinas, un cielo lejano y turbio, una mezcla de humos, olores y humores. Camina sin prisa hasta la cercana calle Fortuny, donde trabaja ahora, mientras todos los que iban detrás le adelantan a la

sobremesas tampoco la sienten -aunque, todo hay que decirlo, reconoce un acto de voluntad y un esfuerzo para lograrlo.

Ana es una andaluza de belleza mora y ojos negros que, según Javier, le tiene sorbido el seso -"¿Y el sexo?", le pregunta, a veces, malicioso. Javier es un extremeño catalanizado o un catalán que no acierta a dejar de ser extremeño -o al revés-, según sus propias palabras, al que le gustaría dedicarse en exclusiva a escribir. Manuel es el único madrileño del grupo, pero como ocurre con todos los madrileños de pura cepa su familia es de un pueblo de Zamora, de Segovia o por ahí y él nació en Alemania. Después de mucho tiempo, esta noche han decidido salir; beben, comen, bailan y, en la madrugada, casi rayando el alba, caminan charlando en la recogida: "El nacionalismo es una idea que se inventan los románticos", dice Javier. "He vivido el nacionalismo desde dentro, aunque reconozco que aquí veo las cosas de otra manera", comenta Ieltxu. "Lo que me interesan son las identidades múltiples, el pluralismo y el mestizaje cultural", le contradice Manuel. "Todo hoy es una mezcla inconsistente de valores dispersos, según Pániker", añade Ana. "Sí, pero no entiendo que haya que romper con nuestras costumbres y con el pasado,

no por recuperarse de los excesos de la anterior. "Ayer no se te vio por parte alguna", le gritó Basajaun, el señor del bosque, desde la puerta de su cueva de Lantz en la ladera del Aierdi, mientras comía un enorme talo. "No sé en que andas metido, pero cuidado, a ver qué haces; se dicen cosas que no me gustan nada", siguió refunfuñando el descomunal genio de apariencia humana. El pájaro huyó -nunca vio tan enfadado a Basajaun con él; y esta actitud la notó en otros muchos genios en su paseo decidido a preguntar a Mari, la divinidad femenina de los vascos. "Sabes que no recibo a nadie sin ser invitado, pero pensaba llamarte en breve. Pasa". La cueva de la bellísima diosa en el monte Txindoki era muy lujosa, llena de oro. "Desearía que me dijeras qué me está pasando", preguntó Ieltxu preocupado. "Soy muy severa con el mal y odio la negación en falso, pero tú nunca me engañaste, sólo estás confuso y debo aclararte algo. Eres distinto, hijo bastardo de un ieltxu y un humano, por eso tienes dos vidas, una nocturna de pájaro y otra diurna de humano". "¿No son sueños?", pregunta perplejo Ieltxu. "No, claro. El pájaro nocturno sigue con sus tradiciones, pero el humano busca algo nuevo. No te preocupes, la mezcla y lo híbrido están en tu origen. Algunos no lo entienden y se creen mejores por ser más puros, según ellos; pero eso no es así: yo misma estoy emparentada con Perséfone y Proserpina". Salió de la cueva volando hacia atrás, de cara a la dirección que trajo al entrar, como es obligado en la morada de la diosa. Voló durante horas pensando en lo que le dijo Mari. Tenía dolor de cabeza; subió a San Miguel de Aralar y dio tres vueltas en torno a las cadenas del santuario, que es remedio infalible contra ese mal.

Se despertó aturrido y cansado. Al llegar a la Fundación le contó los sueños insistentes a Javier. "No soy Freud, pero está claro el debate interno: la lucha entre el YO original y lo nuevo y distinto que amenaza tu apacible situación anterior. En vacaciones te voy a enseñar mi tierra natal; allí no sólo hay llanuras secas, sino también montes y verdes valles. Verás lugares nuevos y tendrás otra visión y otra versión del mundo". "Pensaba invitarte a la mía para que conocieras a Atxaga y asistir a un debate de literatura y de territorio Atxaga-Cercas", le sugirió Ieltxu. "Todo se andará, pero estamos en la hora de Extremadura". Ana saludó sonriente desde la puerta del despacho; él se acercó incapaz de apartar la mirada de sus ojos negros: "¿Vendrás con nosotros -conmigo- a Extremadura? No soportaría pasar un día sin ver tus ojos", le salió sin pensarlo mientras ambos enrojecían. Manuel y Javier quedaron turbados.

Muchas noches, Ieltxu vuela por sus paisajes de siempre y los recorre con una mirada distinta. Al despertar, Ana le sonríe como si conociera su secreto inconfesable, y él duda si son sólo sueños o es, de verdad, un humano diurno y un pájaro nochniego.



**Le abruma la traición: abandonó en su tierra aquellos ojos azules tan puros en cuyo fondo parecía verse el mar como en el fondo de las caracolas parece escucharse su murmullo; y ahora busca cobijo en otros tan distintos, tan andaluces, tan moros.**

carrera - tiene la tentación de echar a correr, como si acechara un gran peligro por la retaguardia, pero desiste al observar cómo los que se cruzan con él parece que huyeran de algo horrible y, sin embargo, no se divisa nada extraño en el frente. "La prisa aquí debe ser un estado de ánimo perenne; pero, a pesar de todo, Madrid me gusta; tiene algo que me atrae. Es una mezcla de tantas cosas...", piensa sonriendo.

Las mañanas de los días laborables transcurren con rapidez. El trabajo en la Fundación es variado y no hay tiempo para el aburrimiento: informes y más informes, preparación de conferencias y clases y debates. Ieltxu colabora, sobre todo, en lo que tiene que ver con la sanidad, pero también -cada vez más- los compañeros le piden parecer sobre otros temas tan dispares como la política en general y la vasca en particular o la planificación estratégica en las organizaciones.

Desde que salió de su tierra natal ha cambiado mucho, quiso romper con el pasado y hacerse un hombre nuevo. Cree que lo está logrando y desde que vive en Madrid no ha sentido nostalgia. Por las mañanas es fácil porque el trabajo le absorbe; pero por las tardes, en sus largos paseos solitarios recorriendo la ciudad ensimismado o en las tertulias con los compañeros en las largas

con nuestra identidad", balbucea dubitativo Ieltxu. "Izan ziralako gera, izan geralako izango dira (Porque fueron, somos; porque hemos sido, serán), dice un aforismo vasco", añade. "Son dos cosas distintas. El pasado está amasado con el presente, son lo mismo, porque somos también lo que hemos sido. Pero cuidado con eso de las identidades: Si es difícil hallar una identidad individual, la colectiva es imposible. El nacionalismo se basa en la idea de que existe un alma de los pueblos inmutable, eterna y ahistórica -se lo leí a Isaiah Berlin- y eso, simplemente, es mentira", afirma categórico Javier. Ieltxu piensa que quizá está buscando ese hibridismo sobre el que teorizan sus amigos en la cosmopolita Madrid, en el internacionalista Manuel, en el doble apátrida Javier. No puede dejar de mirar los negros ojos de Ana como un zahorí que busca agua desesperadamente en esos pozos para saciar una sed insaciable. Duda entre el temor y el deseo de ser embebido fatalmente por ellos. Le abruma la traición: abandonó en su tierra aquellos ojos azules tan puros en cuyo fondo parecía verse el mar como en el fondo de las caracolas parece escucharse su murmullo; y ahora busca cobijo en otros tan distintos, tan andaluces, tan moros.

La noche siguiente se acostó tempra-



**José Félix Sánchez Satrustegui Fernández**

Médico

3º Premio Modalidad A Narraciones Cortas 2007